

Mujeres

DEL BIOBÍO

REVISTA DE LA SEREMI DE LAS CULTURAS, LAS ARTES Y EL PATRIMONIO, REGIÓN DEL BIOBÍO.



Artistas y Cultoras
de nuestro territorio

MUJERES DEL BIOBÍO
6^a
EDICIÓN

Revista Mujeres del Biobío, artistas y cultoras de nuestro territorio

Edición: Susana Gatica Gacitúa

Periodista y Transcripción: Mariela Hernández Toro

Fotografías: Archivo personal de las entrevistadas

Diseño, diagramación e Ilustración: Claudia Molina Madariaga

Distribución gratuita

Noviembre de 2025



Programa
Identidad Regional

Indice

05 Palabras

06



ALEJANDRA RIVAS TRONCOSO
DIRECTORA DE ORQUESTA

14



CAMILA SUAZO MELLA
GESTORA CULTURAL

22



FERNANDA PURRAN
ACTIVISTA AMBIENTAL

30



JAVIERA MATUS DE LA PARRA TORRES
GESTORA CULTURAL

38



MILENA GALLEGOS CUEVAS
GESTORA CULTURAL

Creadoras



Mujeres que transforman el Biobío

En esta 6° Edición hacemos una sincera invitación a mirar y conocer el rostro de quienes tejen memoria, levantan orquestas en pueblos pequeños, defienden ríos ancestrales, investigan el patrimonio y sostienen espacios culturales donde florecen nuevas generaciones de artistas y audiencias críticas y demandantes. En cada territorio las mujeres están haciendo historia, construyendo comunidad y ampliando los límites de lo posible.

Según el Estudio Nacional de Género en las Artes y la Cultura (MINCAP, 2022), las mujeres representan más del 60% del sector cultural, pero su participación plena sigue enfrentando brechas salariales, de liderazgo y de reconocimiento. Aun así, son ellas quienes dinamizan la vida cultural en los territorios, sostienen procesos educativos y promueven nuevas formas de gestión, más horizontales, colaborativas y con perspectiva de género.

Frente a esta realidad, se han hecho esfuerzos concretos respecto a la participación de las mujeres en la vida cultural, incorporando en las bases de proyectos de fomento de las artes una línea para sala cuna y gastos asociados al cuidado de hijos e hijas; además de no permitir la adjudicación de fondos a quienes deben pensión de alimentos.

En esta edición de Mujeres del Biobío, escuchamos las voces de Milena Gallegos, Fernanda Purrán, Alejandra Rivas, Javiera Matus de la Parra y Camila Suazo: creadoras, gestoras y defensoras de la cultura que encarnan distintos modos de transformar su entorno. Cada una de ellas nos recuerda que la cultura se mide en la capacidad de inspirar, cuidar y movilizar a otros.

Relevar sus trayectorias es también una forma de hacer justicia, de reconocer el trabajo invisible, la persistencia y el liderazgo que sostiene la cultura en nuestra región. Porque sin la energía, la creatividad y la mirada de las mujeres, el Biobío no sería el mismo. Esta revista es un homenaje a ellas, y también a cada una de nosotras; a las que abren caminos, crean comunidad y dejan huellas que seguir.

Seremi de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

Región del Biobío

Alejandra Rivas

Directora de orquesta

“

**Las orquestas juveniles
representan lo mejor de
la especie humana”**

Desde las guitarras de su infancia en Purén hasta levantar orquestas juveniles que transforman vidas en el sur de Chile, Alejandra Rivas ha hecho de la música no solo su vocación, sino un acto político, educativo y profundamente humano.



La historia musical de Alejandra Rivas no comenzó en un conservatorio ni en una sala de clases, sino en el corazón de su hogar. En una casa de Purén donde la música no era una disciplina, sino una forma de estar juntos, su oído y su sensibilidad comenzaron a formarse. Las guitarras heredadas de las tertulias familiares, las voces de sus padres y hermano, las canciones compartidas, tejieron en ella una percepción del arte como algo cotidiano, accesible y profundamente afectivo. Creció en un entorno donde la música y las palabras convivían sin fronteras, donde las canciones no estaban separadas de los cuentos, y donde los libros eran una extensión natural de la conversación familiar. Esa infancia marcada por la escucha, tanto de lo sonoro como de lo narrativo, definió su sensibilidad artística y pedagógica desde muy temprano.

¿Cómo recuerda su infancia y su primer contacto con la música?

Nací el 1 de enero de 1972 en Purén, en la región de La Araucanía. Mis padres y la familia de ellos son de ahí. La música siempre estuvo de una manera muy natural en mi casa, recuerdo que era muy común que mis papás se juntaran con su grupo de amigos y siempre cantaban. Mi hermano mayor, que es muy talentoso, también se unía. Yo igual quería cantar, pero al parecer era un poco desafinada y mi mamá me decía que mejor no lo hiciera. Siempre bromeo con que estudié música por pura porfía.

Una guitarra que alguien olvidó tras una tertulia fue mi puerta de entrada a la música. Cuando estaba en segundo básico, tomé una sin permiso y me inscribí, sin preguntarle a nadie, en un conjunto folclórico y el primer día aprendí una canción, porque he sido obsesiva toda mi vida.

Además de la música, ¿había otras formas de arte que la marcaran?

Cuando pequeña practiqué ballet y creo que la música clásica viene un poco por ese lado. También estaban los libros. Siempre fui “ratón de biblioteca”, leía mucho y hasta muy tarde. Desde que aprendí, leía todo lo que caía en mis manos y mi mamá empezó a tener cuidado con los libros

que quedaban dando vueltas por la casa.

A los 13 años, Alejandra debió dejar Purén y mudarse sola a Temuco para continuar sus estudios. Esa etapa marcó su entrada abrupta a un mundo nuevo y también la acercó a la política, la música con sentido y a una conciencia social que nunca la abandonaría.

¿Cómo fue mudarse a Temuco a tan corta edad?

En ese tiempo era común que los hijos fueran enviados a estudiar afuera, así que me mandaron a Temuco para cursar la enseñanza media en el Liceo Pablo Neruda A-28. Estando ahí, decidí estudiar ballet, pero me rechazaron porque tenía los pies planos y la espalda desviada. Como ya había pagado la matrícula, terminé inscribiéndome en clases de guitarra. No sabía leer música ni tenía conocimientos previos, fue todo nuevo para mí. Luego me involucré mucho en la política estudiantil, llegué a ser dirigente secundaria y ahí la guitarra se transformó en una voz que tenía que ver con la causa política.

La pedagogía como una decisión

Ser profesora no fue para Alejandra Rivas una decisión tomada al azar ni la única posibilidad. Fue, desde el principio, una postura frente al mundo, un acto que desafió las expectativas familiares y una apuesta por cambiar vidas a través del conocimiento, la empatía y el arte. Esa decisión, tomada en un contexto adverso, no fue solo vocacional, sino que fue profundamente política.

“Desde chica tenía claro que quería ser profesora. Mi papá quería que estudiara Ingeniería Comercial, porque me iba muy bien en matemáticas. En tercero medio le dije que quería estudiar pedagogía o psicología, y aunque al principio no fue fácil convencerlo, terminó aceptando. Postulé a diez pedagogías distintas y finalmente, en 1989, entré a estudiar Música en Valparaíso. En esos años, ser profesor estaba muy desvalorizado, tanto económica como socialmente, pero me dije: voy a hacer la pega, así que voy a ser profe, porque si le cambio la vida a un cabro, me doy por pagada”, revela.

“...mi vida siempre ha tenido un trasfondo político y no me refiero a la política partidista, sino a esa política que tiene que ver con las decisiones que uno toma para ayudar a construir una sociedad mejor”.

¿Qué rol ha tenido para usted la pedagogía?

Para mí, enseñar nunca fue un gesto neutro. Bueno, mi vida siempre ha tenido un trasfondo político y no me refiero a la política partidista, sino a esa política que tiene que ver con las decisiones que uno toma para ayudar a construir una sociedad mejor. Puede sonar medio engrupido, lo sé, pero es la verdad, eso es lo que me mueve. Para mí, la música es un arma de transformación social o como siempre he dicho, un arma de revolución social, pero la palabra “revolución” a veces asusta. Mucha gente no entiende bien su significado, o cree que se trata solo de violencia o caos. Entonces, como dijo una profe alguna vez, ahora prefiero decir que la música es una herramienta de transformación social... y así la gente se asusta menos. Pero para mí, en el fondo, sigue siendo lo mismo.

Cuando la música marca el rumbo

Un concierto cambió todo. Alejandra, aún estudiante, vio por primera vez una orquesta sinfónica en vivo y supo que había encontrado su lugar. Y en ese instante, no solo nació una vocación, sino una forma de mirar el mundo. La música se le reveló como un lenguaje universal, como vehículo de emociones, como una posibilidad concreta de construir belleza colectiva. La dirección orquestal no era solo una ambición técnica: era una metáfora viva de lo que ella entendía como una comunidad ideal, donde cada individuo tiene una voz única, pero armonizada en un bien común.

¿Cómo fue ese momento en que decidió que quería dirigir?

Un profesor invitó a todos los estudiantes de la carrera a ver un concierto de la Orquesta Filar-

mónica de la Quinta Región. Nunca había visto ni escuchado música clásica en vivo. Lo encontré fascinante. Me acuerdo que se me pararon los pelos de esa primera impresión y pensé ¡Yo quiero hacer eso! Me puse a investigar, pero me dijeron que era imposible porque no tocaba un instrumento orquestal, que era muy tarde a los 17 años y que en Chile no se podía estudiar dirección. Entonces guardé ese sueño en mi bolsillo y seguí estudiando mi carrera, pero nunca lo solté.

El nacimiento de una directora

La docencia la llevó de regreso al sur. Primero fue en Purén y luego en Contulmo, donde Alejandra se encontró con un grupo de niños y niñas que querían hacer música y con la oportunidad de ser parte de una orquesta juvenil. Y sin saberlo del todo, comenzar a cumplir aquel sueño guardado en silencio.

¿Cómo llegó a trabajar con orquestas juveniles?

Volví a Purén a hacer clases de música en el liceo y en 1999 supe que en Contulmo estaban formando una orquesta. Ellos ya tenían a profesores que enseñaban instrumentos, principalmente músicos de la Orquesta Sinfónica de la Universidad de Concepción, pero necesitaban a alguien que enseñara teoría y que estuviera en la zona. Y así fue como empecé a trabajar con las y los niños. Luego, desde la Municipalidad de Contulmo me ofrecieron asistir a un curso de dirección de orquesta que tenía dos etapas. La primera consistía en clases teóricas, entre los mismos participantes nos dirigimos, y el segundo nivel era con la Orquesta Sinfónica Nacional Juvenil... ni soñando pensaba llegar a algo así.

Seguí haciendo clases, mientras pensaba que los estudiantes no iban a avanzar mucho si estudiaban solos en sus casas. Entonces, en mis clases dejaba una parte del tiempo para que tocaran y poder ver si realmente estaban aplicando lo que sus profes les enseñaban. Comencé a asistir a sus clases y me sentaba a observar con atención qué les enseñaban y cómo lo hacían, mientras pensaba en maneras de apoyarlos durante la semana. Poco a poco, la orquesta empezó a tomar vuelo y avanzar con fuerza. Esto me permitió trabajar de forma más profunda, y con el tiempo la agrupación fue reconocida entre las mejores orquestas juveniles de Chile.

Cuando empecé a estudiar dirección, me di cuenta de que en ese momento lo único que sabía hacer era análisis armónico. Tenía algo de manejo en matices, forte, piano, esas cosas, pero no contaba con muchos recursos técnicos. Porque, contrario a lo que la mayoría piensa, la gestualidad técnica de la dirección orquestal se estudia. Las orquestas suenan de acuerdo con cómo se dirige, hay todo un lenguaje corporal, una técnica. El músico de orquesta es muy sensible, percibe todo, desde los más chicos, te leen de inmediato si tienes claridad o no, si estás inseguro, te lo ven en la actitud. Por eso hay que llegar con las ideas muy claras, se debe tener claro qué quieres hacer musicalmente, entendiendo que la gente que está ahí, sobre todo si son profesionales o chicos de un alto nivel juvenil, probablemente no necesita que les enseñes a tocar su instrumento.

Debes tener conocimientos teóricos sólidos y una formación técnica mínima, porque se estudia y se practica igual que un instrumento. Y esa disciplina que implica estudiar un instrumento, no mucha gente la entiende. Hoy en día cuesta que los papás la entiendan. Me preguntan cuántas veces a la semana debe estudiar su hijo, les respondo que tiene que estudiar todos los días. Cinco minutos al día cuando parte, cuando tenga ganas y cuando no tenga ganas también. Porque es una disciplina, que no es algo malo, sino al contrario, te ayuda en la vida.

¿Cuánto tiempo trabajó con la Orquesta de Contulmo?

Hasta el 2008. Trabajé con la primera y la segunda generación de niños y niñas de la Orquesta de Contulmo. En el 2004 pasó algo bien interesante. Ese año se realizó un concurso nacional de orquestas, que se sigue haciendo hasta hoy, pero que en ese tiempo tenía mucho más peso, porque había menos orquestas y muchas eran de conservatorio.

Participaron más de 50 orquestas de todo Chile y Contulmo obtuvo la nota más alta a nivel nacional.

¡Imagínate! Y eso que llevábamos más de un año sin profesores especialistas, porque la municipalidad no estaba pagando los sueldos. Entonces, yo, que no era instrumentista, era la única persona que trabajaba con los niños. Ni siquiera llevaba tanto tiempo tocando violín, lo había empezado a aprender apenas dos años antes, así que sabía menos que los propios niños en ese sentido, entonces hubo un compromiso enorme. Fue algo que nos marcó profundamente.

A mí me dijeron que no se podía estudiar dirección de orquesta y estudié dirección. Me dijeron que a los 17 años ya era vieja para aprender un instrumento orquestal y empecé a estudiar a los 30. Me vine a trabajar a Contulmo, un pueblo perdido entre la nada y el todo, maravilloso, precioso, todo lo que tú quieras, pero seguía siendo un pueblo. Y en algún momento, la orquesta puso a Contulmo en el mapa. Eso fue muy fuerte, muy significativo.

¿Qué hizo después de Contulmo?

Después levanté una orquesta en Purén y empecé a organizar campamentos musicales. Estuve con ellos hasta el 2014, cuando nos dejaron sin financiamiento. Son cosas inexplicables, pero que tienen que ver con decisiones personales y políticas que, muchas veces, dañan procesos hermosos. A pesar de eso, seguimos funcionando hasta el 2018. Luego se hizo insostenible, y con la pandemia se frenó por completo. Lamentablemente, hoy ya no existe esa orquesta.

Ahora estoy levantando la Orquesta Filarmónica de Nahuelbuta, que espero se transforme, a



mediano plazo, en un espacio profesional de alto nivel en la zona. Lo emocionante es que en esta nueva orquesta tengo músicos que fueron parte de la primera orquesta de Contulmo, incluso me ha tocado tener apoderados que fueron mis alumnos.

¿Sigue vinculada a proyectos de orquestas juveniles?

Sigo trabajando con la Fundación de Orquestas Juveniles e Infantiles (FOJI). Actualmente, dirijo la Orquesta Sinfónica Juvenil de la Región del Biobío. También hago clases y dirijo donde me invitan, me llaman seguido para encuentros de orquestas. He trabajado bastante con Artistas del Acero, participando en jornadas musicales y encuentros formativos. Sigo muy activa en el ámbito de la música, sobre todo acá en las regiones del Biobío y La Araucanía. Ese es mi territorio.

¿Qué es lo que más te enamoró de las orquestas juveniles?

Siento, y lo digo siempre, que las orquestas juveniles representan lo mejor de la especie humana. Esa capacidad de trabajar en equipo, de entender que todas las personas son importantes, que cada una debe hacer su parte para que el resultado funcione. Eso enseña respeto, valoración por el trabajo propio y por el

del otro, que el resultado final depende de que cada una haga su parte. Y, además, la música es el único lenguaje universal. Es hablado, escrito, y todos los músicos del mundo lo entienden igual.

¿Cuál cree que ha sido el proyecto más significativo de su vida?

Es difícil elegir uno solo, porque cada proyecto ha sido parte de una etapa distinta en mi vida. Por ejemplo, con la Orquesta Estudiantil de Contulmo fue donde entré de lleno en la música clásica, aprendí con esa generación y me hice directora. Más adelante, fundé la orquesta de Purén y también otra en Los Sauces, que funcionaron muy bien durante un tiempo, pero lamentablemente se terminó cuando cambió la administración municipal y se cortó el financiamiento.

La orquesta de Purén, sin duda, está profundamente ligada a mi madurez, tanto profesional como personal. Con ella sentí la necesidad de ir más allá, a seguir perfeccionándome y volví a estudiar dirección de orquesta, había dejado los cursos por un tiempo, pero en 2016, decidí volver. Retomé con Rodolfo Fischer, aunque originalmente estudié con Eduardo Browne, gracias a esa decisión, me presenté a un concurso nacional para una pasantía en Suiza y lo gané. Estudié allí un mes, en Europa, algo impensado para mí a los 47 años.

“

A mí me dijeron que no se podía estudiar dirección de orquesta y estudié dirección. Me dijeron que a los 17 años ya era vieja para aprender un instrumento orquestal y empecé a estudiar a los 30. Me vine a trabajar a Contulmo, un pueblo perdido entre la nada y el todo, maravilloso...y en algún momento, la orquesta puso a Contulmo en el mapa. Eso fue muy fuerte, muy significativo”.



Ahora, con la Filarmónica de Nahuelbuta, el desafío es distinto: establecer algo que trascienda, que siga existiendo, aunque yo ya no esté. Así que, como ves, son hitos que reflejan distintas etapas de mi vida, hoy tengo 53 años, una mirada distinta. Ya no ando buscando dónde dirigir, suelen llamarme porque saben que hago bien mi trabajo. Cada una de las orquestas que mencioné ha sido fundamental, me han formado tanto como yo he formado a otros a través de ellas, porque una orquesta no es solo un conjunto musical: es un grupo humano, un cuerpo vivo.

¿Siente que ha dejado huella en sus alumnos, que ha sembrado alguna semilla en ellos?

Sí, absolutamente. Hay varias personas que hoy son directores porque los empujé a dar ese paso, los llevé a cursos, los inscribí, aunque no quisieran. Algunos me lo han agradecido años después. Una vez, en un concierto, alguien se me acercó y me contó que se había titulado hacía una semana. Y no ha sido una vez, sino que me ha pasado varias veces. Soy muy consciente del poder que tienen las palabras como profesora y estas pueden calar hondo. Por eso hay que ser tremendamente responsable cuando uno enseña, o más bien, en todas las relaciones humanas. Me han dicho ¿Para qué estudias tanto?, entonces les respondo que soy el techo de mis estudiantes, no puedo no saber o darme ese lujo, porque si no sé les estoy quitando la posibilidad de conocer algo más grande.

¿Tienes referentes que hayan influido en quién eres hoy?

Sí, varios. Una es Ximena García, directora de la Orquesta Sinfónica de Antofagasta. Fue la primera mujer que vi dirigir con una fuerza impresionante. La miraba y pensaba que quería ser así. También tengo un referente en lo pedagógico que es Julia Rojas, con quien viví en Valparaíso cuando estudiaba. Era profesora y siempre estaba estudiando algún tema, sea educación física, ciencias naturales, evaluación o psicología. Nunca dejó de aprender y me mostró que ese deseo nunca se agota. Y hay referentes más cotidianos también. La mujer que me crió, mi nana de la in-

fancia, una persona recta, pura, sencilla. A sus 82 años, sigue con una sonrisa agradecida, esa pureza de espíritu, esa tranquilidad... es admirable.

¿Qué iniciativa está desarrollando?

Con la Orquesta Regional del Biobío tenemos varios conciertos este año. Uno será en Concepción y otro en una comuna más alejada, donde usualmente no llega una orquesta. También estamos viendo la posibilidad de hacer un nuevo concierto con la Filarmónica de Nahuelbuta. Además, estoy participando en un proyecto maravilloso: La Cenicienta en el siglo XXI, una versión contemporánea de la ópera de Rossini, con orquesta, escenografía y cantantes, pero en español y con una mirada crítica al rol de la mujer. La vamos a llevar a distintas comunas de la región y me encanta porque es maravillosa. Me invitan a dirigir orquestas profesionales, este verano estuve con la Filarmónica de Los Ríos, en Valdivia, y hace poco, con la Sinfónica de Antofagasta. También hago clases, porque me hace bien seguir enseñando.

Cuando siente que se le acaba la energía, ¿dónde se refugia?

En mis hijos, que son lo mejor de mí. Son personas bellas y un verdadero aporte a la sociedad. También me refugio en mis gatos, mi huerta y mis perros, que he recogido muchos. En la naturaleza, abro la ventana y todo me recuerda que vale la pena seguir. Hago yoga, medito, pero sobre todo me ayuda mirar el entorno donde vivo. Es un regalo diario.

Soy una agradecida de la vida. Me gusta el lugar que ocupo y creo que como sociedad debemos retomar el rumbo en la educación y formar personas. Eso se puede lograr incluso con la jornada escolar completa, solo basta con reorganizar el tiempo y usar bien las horas, promover la actividad física y artística. Así vamos a tener menos violencia, más creatividad, mejor salud mental, mejor desarrollo cognitivo. Y, sobre todo, personas más felices. *M*

Camila Suazo

Gestora cultural

“

En contextos vulnerables, el arte dignifica, otorga sentido y construye memoria”

Desde una infancia en un barrio con profundas necesidades en Nacimiento, hasta liderar políticas culturales en Los Ángeles, Camila Suazo Mella ha tejido una forma única de gestión cultural: feminista, resiliente, colaborativa y profundamente arraigada en las memorias colectivas de su comunidad.



“mi historia familiar influyó absolutamente en todo. Para mí, el feminismo era algo que veía a diario. Mi abuela defendía a otras mujeres en el barrio, a veces incluso enfrentándose a hombres violentos. Ella me enseñó que ser mujer no era sinónimo de debilidad, y que alzar la voz era un acto necesario”.

Desde los rincones de Nacimiento, surge la historia de Camila Suazo Mella, una mujer cuya vida ha sido guiada por el compromiso social, la educación y el arte como formas de transformación. Su infancia transcurrió en la población El Progreso, una comunidad construida desde el esfuerzo de muchas familias, donde la ausencia de servicios básicos como el agua potable y la luz eléctrica era reemplazada por la solidaridad y el apoyo mutuo. En ese entorno, creció entendiendo que la pobreza no es determinante cuando existen redes de apoyo sustentadas en vínculos humanos, donde el valor de lo colectivo era fundamental.

Compartir juegos, penas y alegrías fortaleció un sentido de pertenencia profundo, que más tarde se convertiría en el pilar de su compromiso social. “Recuerdo mi infancia con mucho cariño y a pesar de las dificultades, aprendí que la comunidad no es solo un lugar, es una red de apoyo, de contención. Crecer en un entorno donde todos compartimos lo que teníamos, desde un plato de comida hasta un rato de conversación, me enseñó el valor de la solidaridad y el poder de lo colectivo”, dice.

¿Cómo crees que influyó en tu visión sobre la justicia social?

Profundamente. Vivir en un contexto de carencias te muestra las desigualdades de manera cruda y directa. Pero también te muestra la capacidad de las personas para resistir, para organizarse y salir adelante. Mi visión de justicia social está marca-

da por esa infancia; no es un concepto abstracto para mí, es una necesidad real, algo que viví y que me sigue impulsando.

Parte de la memoria familiar de Camila está construida por su participación en movimientos sociales mineros y campesinos, herencia de los Mella y los Suazo, entorno familiar que le transmitió el valor del esfuerzo personal, la solidaridad y reconocimiento de los derechos en colectivo. Desde pequeña entendió que la educación era una herramienta de emancipación y una práctica de vida que no estaba determinada por el género y debía estar a disposición para contribuir al bienestar social.

¿Qué papel jugó tu familia en la formación de tus valores y tu vocación?

Mi familia fue, sin duda, la base de todo lo que soy. Mis padres creen que la educación es la única forma de autonomía (y reivindicación). Nos decían que el conocimiento era la herramienta para sus dos hijas fueran autovalentes y así no depender nunca de un hombre. Esa idea de la libertad como autodeterminación me quedó muy grabada.

Además, mi historia familiar influyó absolutamente en todo. La impronta poderosa de las mujeres en mi familia era algo que veía a diario. Mi abuelita Rosa defendía a otras mujeres, a veces incluso enfrentándose a hombres violentos. Ella

me enseñó que ser mujer no era sinónimo de debilidad, y que alzar la voz era un acto necesario.

Conciencia social: la cultura como herramienta de transformación

Su vida en la Población El Progreso enseñó a Camila el valor de la organización comunitaria y la autogestión. En ese entorno, entendió que el contexto muchas veces determina los destinos, pero también que la solidaridad y el trabajo colectivo pueden abrir caminos. Esos aprendizajes forjaron su convicción de que la cultura puede ser un motor de transformación social.

“Aprendí a valorar lo esencial, con una visión muy clara de la desigualdad en diferentes aspectos, sin embargo, mis padres siempre me inculcaron y me permitieron acceder al arte, la literatura, la música, a valorar lo propio como cultura local, lo cual para mi contexto en esos años era impensado. Eso fue determinante y me hizo creer en que se debe trabajar profundamente desde las bases la cultura como un derecho, que no está determinado por tu contexto socioeconómico y que realmente genera oportunidades”.

¿Cómo marcó esa autogestión comunitaria tu forma de liderar proyectos culturales?

Aprendí que los procesos comunitarios solo se sostienen si hay participación real y compromiso. Cuando un proyecto nace de las personas y para las personas, crece con raíces fuertes, esa experiencia me enseñó que los liderazgos deben ser compartidos, que la horizontalidad y la colaboración son fundamentales para que los proyectos no solo se mantengan, sino que florezcan.

Por la falta de recursos y la precarización de los espacios comunitarios, muchas veces nos encontramos gestionando desde la carencia, pero eso también despierta la creatividad y la solidaridad. Además, el desafío es lograr que se valore el arte y la cultura como herramientas de transformación y no solo como entretenimiento. En contextos vulnerables, el arte dignifica, otorga sentido y construye memoria.

Una exploradora incansable

La curiosidad en Camila parecía estar inscrita en su esencia: quería saberlo todo, entender el mundo desde todas sus aristas. Esa necesidad de descubrir la llevó a participar en múltiples espacios desde muy joven. “Era de excelencia académica, siempre fui curiosa, muy de inventar cosas, de hablar mucho, de observar, de andar explorando”, recuerda.

¿Y esa curiosidad que te impulsó a hacer?

Me impulsó a participar en actividades tan diversas como el teatro, la declamación, los concursos de debate, los foros estudiantiles, el club de ciencias y el club de lectura. Además, fui dirigente estudiantil, por lo que el activismo y la exploración en diferentes aspectos de desarrollo social y comunitario, han forjado gran parte de mi identidad.

¿Qué rumbo tomaste?

Entré a estudiar Derecho, sin embargo, en el camino dejé la carrera y entré a Arte en la Universidad de Concepción (UdeC), una experiencia transformadora, soy Licenciada en Artes Visuales, con el título de Gestora Cultural. Lo que más me gustó (de la UdeC), era la socialización del conocimiento, te encontrabas con estudiantes de múltiples carreras, todos compartían y se ayudaban mutuamente, era un espacio de aprendizaje colectivo.

Cultura y memoria: el arte como resistencia comunitaria

Camila está convencida de que la cultura es un derecho, y su trabajo ha estado siempre enfocado en democratizar el acceso al arte, fortalecer las identidades comunitarias y promover la memoria colectiva. “Para mí, la cultura es identidad, memoria y una forma de reparación también, lo que viví en mi infancia me mostró que la cultura puede dignificar, fortalecer vínculos, generar sentido de pertenencia y empoderar. Por eso mi enfoque siempre ha sido comunitario, participativo y territorial”, asegura.



¿Por qué crees que la memoria juega un papel tan importante en los procesos culturales?

La memoria nos conecta con nuestras raíces, nos recuerda de dónde venimos y nos da un sentido de pertenencia. En un mundo donde todo cambia tan rápido, recordar es un acto de resistencia. Mis proyectos buscan justamente eso: rescatar la memoria, contar las historias que muchas veces han sido silenciadas y devolverles un lugar en la comunidad.

Cuando las personas se reconocen en su historia, algo cambia. En los talleres y encuentros, he visto cómo recordar un antiguo oficio, un relato de infancia o una lucha comunitaria despierta un sentido de orgullo y pertenencia. Eso fortalece los lazos y proyecta nuevas formas de organización. La memoria es un acto profundamente político; recordar es también reclamar un lugar en la historia.

Gestión colaborativa: la cultura desde lo colectivo

Camila apuesta por un modelo de gestión horizontal, donde las comunidades son protagonistas de sus propios procesos culturales. Desde su

enfoque colaborativo, que refuerzan su vocación de servicio, impulsa proyectos que nacen desde los territorios y que se sostienen en el tiempo gracias al trabajo conjunto y el respeto por los saberes locales.

“Mi forma de hacer gestión es profundamente colaborativa y situada, donde cada territorio tiene su historia, su lenguaje, sus heridas y sus resistencias, por eso mi trabajo parte siempre desde la escucha activa y el respeto. La cultura debe construirse con las personas. Por lo anterior, el enfoque feminista es parte esencial de mi gestión y trabajo territorial. No solo se trata de promover la participación de las mujeres, sino de construir espacios donde todas las voces sean escuchadas y respetadas. En contextos donde las mujeres han sido históricamente invisibilizadas, recuperar sus relatos y reconocer sus aportes es un acto de justicia”, reflexiona.

¿Cuáles han sido los aprendizajes más significativos al trabajar desde esta lógica colaborativa?

El mayor aprendizaje es la capacidad de soltar el control y confiar en el proceso comunitario. A

“La memoria nos conecta con nuestras raíces, nos recuerda de dónde venimos y nos da un sentido de pertenencia. En un mundo donde todo cambia tan rápido, recordar es un acto de resistencia”.

veces las cosas no salen como uno espera, pero eso también es parte del aprendizaje. La horizontalidad implica aceptar que los ritmos, las ideas y las decisiones no siempre vienen de una sola persona, sino del colectivo. Eso es profundamente transformador. He aprendido a valorar esa construcción compartida, a reconocer el poder de las pequeñas acciones comunitarias y a celebrar los logros colectivos como propios.

Identidad y memoria: el tejido comunitario como patrimonio

La identidad no se hereda, se construye. Convenida de esta idea, Camila trabaja en fortalecer los lazos comunitarios mediante el rescate de la memoria local, celebrando las historias y los saberes que dan forma al patrimonio de los territorios, reforzando un sentido de pertenencia que atraviesa generaciones.

¿Qué rol juega la memoria en los procesos culturales que impulsas?

La memoria es la raíz de todo. No podemos construir un proyecto cultural sin reconocer lo que ha pasado en cada territorio. La memoria colectiva es un acto de resistencia, de dignidad, es lo que nos permite no olvidar, aprender del pasado y proyectarnos al futuro con identidad y sentido.

Rescatar esas historias y saberes, darles un lugar y celebrarlas, porque son parte de quienes somos,

y esa selección es un proceso participativo, ya que son las mismas comunidades las que proponen qué contar, qué rescatar y poner en valor. Mi rol desde lo institucional es facilitar esos espacios de conversación, de encuentro, y luego articularlo para que esa memoria quede plasmada en algo tangible, un mural, un festival, una obra o un concierto, entre otros.

He visto cómo personas que nunca habían hablado en público se atreven a contar su historia, cómo mujeres mayores recuerdan los oficios de su infancia y sienten orgullo de sus saberes, ese reconocimiento público de esa memoria es un acto de justicia, es decirles “tu historia importa, es parte de lo que somos”. Eso fortalece los lazos comunitarios y permite proyectarse hacia el futuro con un sentido renovado de identidad.

Primeros pasos en la gestión cultural

La llegada de Camila Suazo Mella a la gestión cultural se dio casi por intuición y un profundo compromiso. Su primer acercamiento al mundo cultural fue en la Alianza Francesa, donde comenzó a explorar su vocación por el arte y la gestión de proyectos. Posteriormente, asumió el liderazgo del área de proyectos culturales en la Corporación Octavio Jara Wolf de Los Ángeles, un espacio donde fortaleció su experiencia en el desarrollo de iniciativas comunitarias.

Tiempo después, la Municipalidad de Nacimiento la contactó para hacerse cargo de la Oficina de Cultura, un desafío que marcaría un punto de inflexión en su carrera, permitiéndole desplegar su visión de la gestión cultural. “Llegué con mis ganas de hacer cosas, era la única persona y después se sumó una diseñadora, ese era todo mi equipo. Sin embargo, eso no me detuvo, al contrario, me impulsó a crear, organizar y fortalecer la identidad cultural de los territorios que acompaña”.

¿Cómo fue esa experiencia?

Realizamos fiestas costumbristas, trillas, actividades gastronómicas, entre otras, era un trabajo agotador, pero era hermoso ver a la comunidad disfrutando y conectándose con sus tradiciones.

Además, festivales de jóvenes, celebraciones, talleres, encuentros con juntas de vecinos y adultos mayores. Era un trabajo constante, donde siempre estabas en movimiento, escuchando y articulando espacios para que todas las personas participaran. Estuve cerca de cuatro años liderando proyectos y actividades que fortalecieron el sentido de pertenencia y la identidad local. Luego pasé al modelo de corporación, que fue un desafío mayor, pero también una oportunidad para profundizar el trabajo comunitario y fortalecer el acceso democrático a la cultura.

Transformación territorial: Los Ángeles y Nacimiento como epicentros culturales

El trabajo de Camila Suazo en la Corporación Cultural Municipal de Nacimiento, como directora ejecutiva, y actualmente como gerenta de la Corporación Cultural Municipal de Los Ángeles, es una muestra clara de su visión y en ambos espacios ha impulsado proyectos que rescatan la identidad local, fortalecen el tejido social y dignifican la memoria colectiva, demostrando que la cultura no solo preserva el pasado, sino que proyecta un futuro compartido.

¿Cuáles han sido los mayores desafíos al trabajar en estos territorios?

El desafío más grande ha sido romper con la idea de que la cultura es un lujo. Muchas veces se piensa que, en contextos de vulnerabilidad, el arte no es una prioridad, pero mi experiencia me dice lo contrario, es precisamente allí donde más se necesita. Además, la falta de financiamiento y la burocracia han sido obstáculos, pero también oportunidades para fortalecer el trabajo comunitario y la autogestión.

Aprendizajes y resistencia: desafíos en la gestión cultural

Liderar procesos culturales en territorios marcados por la desigualdad no ha estado exento de dificultades. La falta de recursos y el centralismo cultural han sido obstáculos constantes en su camino, sin embargo, Camila ha encontrado en la creatividad y la gestión, las claves para sostener y fortalecer los proyectos culturales que impulsa,

una forma de superar esas barreras, fortaleciendo redes locales y construyendo cultura desde lo colectivo.

“La falta de recursos para llevar a cabo proyectos de largo aliento ha sido uno de los más complejos. Muchas veces, las iniciativas culturales quedan supeditadas a financiamientos temporales o dependen de fondos concursables que no aseguran continuidad. Eso nos obliga a ser muy creativos, a buscar alianzas estratégicas, ya que cuando las comunidades se apropian de los proyectos, estos se sostienen, incluso en los momentos más difíciles”, comenta.

¿Cómo imaginas el futuro de la gestión cultural en los territorios?

Creo en el trabajo colaborativo y vinculante de las instituciones con sus comunidades, en fortalecer las redes locales, empoderar a las comunidades para que sean protagonistas de sus propios procesos culturales. La gestión cultural tiene que nacer desde el territorio, desde sus necesidades y sus sueños colectivos. Me gustaría ver más espacios de creación, donde el arte se vincule con la memoria y la identidad, donde las mujeres, los jóvenes y los pueblos originarios tengan un rol central, sus voces sean escuchadas y celebradas. Además, impulsar residencias artísticas en territorios rurales, para que el arte se mezcle con la vida cotidiana, con la tierra y con las labores del campo.

¿Qué cambios consideras necesarios en las políticas culturales para que ese futuro sea posible?

Es fundamental que las políticas culturales se piensen desde los territorios y no solo desde los centros urbanos, porque muchas veces se legisla sin conocer las realidades de las comunidades más alejadas. Hace falta una descentralización real, que permita a las personas decidir sobre sus propios procesos culturales, que tengan acceso directo a financiamiento y formación.



Legado: un horizonte cultural desde los territorios

El recorrido de Camila Suazo Mella está tejido por memorias, luchas y una profunda convicción de que la cultura transforma. Su legado se inscribe en los territorios que ha acompañado, donde el arte y la memoria no sólo resisten, sino que proyectan un horizonte cultural cargado de dignidad y justicia, que desafía las desigualdades y proyecta un futuro más justo y solidario.

“Dejar un legado cultural significa contribuir a que las comunidades se reconozcan en su historia, valoren su identidad y sientan orgullo de quiénes son, no se trata solo de proyectos o actividades puntuales, sino de fortalecer un sentido de pertenencia y de memoria colectiva que permanezca en el tiempo. Que las personas se sien-

tan protagonistas de sus historias, que reconozcan sus luchas y se proyecten hacia el futuro con identidad. La gestión cultural no debería depender solo de un proyecto; debe nacer y sostenerse en las comunidades, desde sus propias lógicas y necesidades”, argumenta.

Si miras hacia el futuro, ¿cómo imaginas los territorios que has acompañado?

Los imagino más fuertes, más organizados y con un sentido profundo de identidad. Me gustaría pensar que, a través del arte y la cultura, hemos contribuido a que esos territorios se reconozcan como espacios de resistencia, de dignidad y de memoria. Que las nuevas generaciones encuentren en esos relatos y esos espacios culturales un lugar para seguir construyendo comunidad. *M*

FERNANDA PURRÁN

Activista ambiental

“

**LA ESPIRITUALIDAD ES NUESTRA GUÍA; SIN ELLA
NO PODRÍAMOS DEFENDER EL RÍO, LA TIERRA
NI A NUESTRA GENTE”**

Entre montañas, bosques y ríos del Alto Biobío, la conexión con la naturaleza y la espiritualidad mapuche marcan la vida de Fernanda. Su infancia estuvo tejida con enseñanzas sobre el respeto al entorno y a los espíritus que habitan la tierra. Frente a la transformación y daño del río Queuco, su relación se profundizó en compromiso y defensa, impulsando proyectos que integran deporte, educación y cultura para que las nuevas generaciones reconozcan y valoren su territorio ancestral.



El río no calla. Aunque lo contengan con muros de concreto, aunque lo desvíen o lo silencien en mapas empresariales e informes técnicos, su voz sigue viva. Corre por los cuerpos, por la lengua, por la memoria del pueblo mapuche pewenche. Educadora, activista ambiental y defensora del territorio, Fernanda Purrán encarna una historia de amor, memoria y resistencia. Esta entrevista, nos guía por el cauce de su vida, donde el río, la espiritualidad y la fuerza de las mujeres mapuche se entrelazan en una lucha por la dignidad y la vida.

Creció entre montañas, bosques y ríos, en un Alto Biobío donde la vida seguía el pulso de la naturaleza. Recuerda una infancia humilde y alegre, marcada por el trabajo compartido y los aprendizajes cotidianos. “Comía en la huerta. Hacíamos harina tostada con mi abuelita, café y trigo. La mayoría de las cosas que comíamos era producida por nosotros mismos. Y todos teníamos que trabajar en la casa”.

Su vínculo con la tierra comenzó temprano. Aprendió a reconocer árboles y hierbas medicinales, y a respetar el entorno como parte de su vida. “Había que ir a buscar leña, recolectar fruta en temporada: la cereza, castañas, uvas, duraznos... teníamos un montón de frutas”. En su familia, compartían las labores: Todos teníamos que hacer de todo.

También recuerda con cariño los inviernos alrededor del fuego: “haber estado ahí todos casi encima. Peleándonos el espacio”.

Y, por supuesto, siempre existió un vínculo con el río: Fue uno más, había que darle el mismo respeto que a una persona. Y cuando lo dañan, duele. Lo siento, porque desde niña me enseñaron a ser cuidadosa con mis actos humanos.

“Corriendo al río nos demorábamos como 20 minutos. Y en el verano íbamos todos los días. Si no nos daban permiso, nos arrancábamos”. Aprendieron desde pequeños a nadar, pero también a respetar. “Mi abuela siempre nos enseñó el respeto al río, desde nuestra espiritualidad. Ella nos decía: en la mañana, no hay que meterse al agua

porque los espíritus están despiertos y no hay que molestarlos, y ellos obedecían.

EL RÍO HERIDO

Fernanda era pequeña cuando comenzaron a intervenir el río Queuco. “Las represas se hicieron cuando yo igual era súper chica, tendría como 3 años. Cuando se terminó la segunda, yo tenía como 8 o 9 años”. Aún recuerda cómo, a los 10, las aguas comenzaban a subir de pronto. “El río empezaba a subir como de la nada... y teníamos que devolvernos todos corriendo”. Aquellos fueron los primeros signos de una transformación que marcaría su vida y la de su familia.

El lugar donde su abuela lavaba frazadas o preparaba mote -donde pasaban las noches sin carpas, arropados por la tierra- dejó de ser seguro. Después nunca más fuimos, se acabó. Las aguas lo cubrieron todo. Se tapó de roca... se desarmó completamente la playa de nuestra familia. Los grandes árboles de maqui quedaron inaccesibles. Después ya mi abuela nunca más nos dejó ir al río solos. Nunca.

Relata que se desconectó del río muchos años, sintiendo mucho miedo. Dejé de nadar, lo que había sido un espacio de alegría y pertenencia se volvió peligroso. Le teníamos respeto, pero ahora era peligroso, entonces ya no podíamos nadar.

Un día, ya adolescente, volvió. Fui con gente y me pregunté por qué ya no íbamos al río. Estaba todo distinto... pero seguía siendo un lugar hermoso. Años después, con el nacimiento de su hija Ashley, en 2011, sintió que debía reconectar. Ella igual tenía que conocer el río. Para mí había sido siempre uno de los recuerdos más lindos de mi vida. Así comenzó de nuevo a visitar el Queuco y a enseñarle a su hija a nadar, como ella misma lo había aprendido años antes.

“PRIMERO HAY QUE PEDIR PERMISO”

En 2015, Fernanda conoció por casualidad a un grupo de personas que practicaban deportes en el río, especialmente rafting. Al principio, no lo vio con buenos ojos. “Pensaba, ¿por qué esas personas se vienen a meter al río? Vienen a molestar”.

“NO ES LLEGAR Y METERSE A UN RÍO, NO ES LLEGAR Y METERSE A UN BOSQUE. HAY QUE PEDIR PERMISO, VER CÓMO NOS SENTIMOS ANTES DE ENTRAR”

Pero su perspectiva cambió cuando uno de ellos la invitó a probar. “Siempre me han llamado la atención los deportes de aventura”.

Desde 2011 ya había comenzado a vincularse con la naturaleza desde otra dimensión: la deportiva. Escalada, trekking, subir cerros, todo lo que implicara contacto con el entorno y superación física. Aquel primer descenso en rafting había sido revelador y ese nuevo vínculo con el río la llevó a conocer a muchas personas, incluso a quienes practicaban kayak.

También conoció el volcán Antuco, el primero que subió mientras estudiaba turismo en el Instituto Santo Tomás de Los Ángeles, donde egresó en 2014.

Estos nuevos vínculos le permitieron asistir a la presentación de tesis de un conocido, donde escuchó por primera vez sobre el proyecto “Bestias del Sur Salvaje”, impulsado por jóvenes de la zona baja del Biobío. “Me dijeron, hacemos deporte de agua y queremos involucrar a la comunidad. Y si tú eres de allá, se podrían sumar”.

Le propusieron formar un equipo local de rafting. “Competimos con mujeres que nunca habían hecho rafting en sus vidas, y yo había tenido solo una experiencia”. Sorprendentemente, lograron el segundo lugar. “Varias de las niñas que participaron eran alumnas mías, porque yo en ese tiempo hacía clases en el Liceo de Ralco”.

Desde ahí, su relación con el río se volvió más profunda. Aprendió a observar cómo otros se relacio-

naban con él y comenzó a transmitir su propia visión: No es llegar y meterse al río. Primero hay que pedir permiso.

GUARDIANES DEL RÍO QUEUCO

Lo que comenzó como un simple equipo deportivo para practicar rafting, se transformó en un movimiento con profundas raíces territoriales. Junto a su amiga Yoana formaron Malen Leubü, una agrupación que muy pronto se transformó en mucho más que un grupo de competencia. “Nos empezamos a dar cuenta de que llamábamos la atención en el territorio porque nunca había habido un grupo de personas de Alto Biobío que se les ocurriera practicar este deporte”.

Lo que partió con un remo en la mano se convirtió en una escuela de respeto por el río. Fernanda reitera que no es llegar y meterse a un río, no es llegar y meterse a un bosque. Hay que pedir permiso, ver cómo nos sentimos antes de entrar, y esto debía enseñarlo, desde la primera infancia. Con esa convicción comenzaron talleres en colegios, charlas comunitarias y visitas a otros ríos, donde eran invitadas a compartir su visión.

Esa vocación por enseñar la llevó a estudiar pedagogía, turismo y a formarse como guía de rafting. En 2019 completó su formación en el Cajón del Maipo. “Quería llevar a la gente al río, mostrar lo hermoso que es, lo lindo que es poder entrar con respeto y hablar sobre los impactos que tiene”.

Con el tiempo, su rol se expandió. Las organizaciones del territorio comenzaron a verla como referente en temas hídricos. Nos sentíamos responsables con todo lo que tenía que ver con el río. Así fue como, frente al anuncio de una carretera hídrica que afectaría al río Queuco, comenzaron jornadas de información, redes con universidades y científicos. Nunca nos habíamos relacionado con el área de la ciencia. Yo sentía que éramos pensamientos opuestos, pero nos dimos cuenta de que también podíamos tener más herramientas para cuidar el río.

“LAS MUJERES HAN SIDO LAS PRIMERAS EN LEVANTAR LA VOZ, COMO IMPULSORAS DE MOVIMIENTOS Y LUCHAS”

Junto a Camila Bañales, una investigadora en ciencias ambientales, iniciaron estudios sobre caudales y especies. El proyecto decía que el río tenía excedentes hídricos, pero Camila nos explicó que eso no existe. Es un flujo natural. Durante la pandemia adaptaron herramientas simples, como una regla digital, para hacer mediciones que luego compartieron con estudiantes del territorio.

De esa experiencia surgieron muchas otras: rescate de toponimia, vínculos con comunidades y la ratificación de que era necesario seguir involucrando a las infancias. “Nos dimos cuenta de que más que darles tiempo a los adultos, teníamos que trabajar con los niños, darles el protagonismo que necesitan”.

Así nació Kayakimün, un proyecto con niños y niñas de entre 10 y 18 años, que congregó educación, cultura y deporte. “Varios ya son kayakistas expertos con un nivel avanzado, haciendo seguridad en el río. Son la primera generación de kayakistas pewenches del Alto Biobío y tienen una formación basada en el respeto”.

En este camino también conoció a Weston Byles, director de la ONG estadounidense Ríos to Rivers, quien la invitó a su primera expedición de kayak con niños en el río Baker. Desde entonces, ha organizado intercambios en Chile, Argentina, Bolivia y Estados Unidos. “Estos niños no van solamente a hacer deporte. Llevan las voces de sus territorios a esos espacios”.

MUJERES QUE ABREN CAUCES

La defensa del territorio y el liderazgo femenino se resignifican en el Alto Biobío a través de la memoria y la acción colectiva. Fernanda recuerda cómo el documental “Apaga y vámonos” marcó su camino. “Aparecían las ñañas siendo amedrentadas, golpeadas, y a pesar de todo lo que les hacían, ellas seguían alzando la voz”. Fue ese momento el que despertó una convicción

profunda: Dijimos, esto no lo podemos permitir nunca más como mujeres.

Al gestar este nuevo movimiento, comprendieron que, desde la lucha de las ñañas por el Biobío, hace más de 30 años atrás, no se había visibilizado otra generación. Sin embargo, en los últimos años, las luchas territoriales han resurgido. “Ahora hay organizaciones de mujeres artesanas, tejedoras, orfebres. Antes eso era muy difícil de ver, recordando cómo su madre, a los 13 años, encontró en un grupo llamado Mínimo el único espacio posible para reunirse entre mujeres. Hoy, la presencia femenina se multiplica y se fortalece en el territorio.

En lo ambiental, reconoce que las mujeres han sido las primeras en levantar la voz, como impulsoras de movimientos y luchas. En encuentros en otras regiones ha sentido cómo estas redes se expanden y se nutren. Es realmente inspirador, dice sobre otras mujeres que también lideran desde sus territorios.

¿Quiénes son tus referentes?

Las ñañas Aurelia, Berta, Nicolasa, Challo y la ñaña Ana Treka. La ñaña Ana es vecina mía, vive acá en la comunidad, al lado del río. Fue parte de un grupo de mujeres que se llamaban Newen Domuche, que lideraron la lucha contra la central Ralco. Ella es una guardiana del río, tiene más de 80 años y todavía conserva en su memoria todo ese camino de resistencia.

Cuando empezaron a colocar los postes, ella no quiso recibir luz eléctrica. Hasta el día de hoy no tiene. Siempre dijo: No es bueno, yo peleé contra las represas, ¿cómo voy a estar usando luz de las represas? No es coherente.

Estuvieron presas, las trataron mal, incluso las ningunearon dentro de su propia comunidad. Les decían cosas como: Esas viejas brujas andan

puro leseando, perdiendo el tiempo, quitándole el trabajo a la gente. Pero nada de eso las detuvo. Todas siguieron. Varias de ellas siguen luchando todavía.

EDUCAR TRANSFORMA

Para Fernanda hablar de educación no es un concepto abstracto, ni una sala con pupitres: es una manera de mirar el mundo. Aprendió desde pequeña a reconocer el valor de su entorno y, desde allí, nace su convicción de que la educación no solo informa, sino que transforma.

“Si las personas no conocen su territorio, no lo van a defender ni lo van a cuidar. La educación parte desde la casa, y ahí tenemos una gran responsabilidad. A los niños hay que enseñarles dónde están parados, cómo se llaman sus ríos, qué les pasa, qué les están haciendo. Y también, el sistema educativo tiene que asumir ese rol: formar personas conscientes del entorno, respetuosas, que se cuestionen lo que sucede. No basta con decir ‘no boto la basura’; hay que formar gente que entienda por qué eso importa, que aprenda a analizar y actuar (...) No todos tienen que estar

en una marcha o una protesta; hay distintas maneras, y todas son válidas. Lo importante es hacerlo”.

¿Y cómo sería esa educación que imaginas?

Sería un espacio donde podamos educarnos también desde nuestros propios conocimientos como mapuche. Porque nuestra cultura nace del respeto. Cuando uno se reconoce como mapuche, entiende la vida de otra forma: no pisas un bichito solo porque se cruzó, valoras el idioma que tenemos, que se conecta con la naturaleza. Podemos hablarle a la tierra en nuestro idioma, y eso es único.

Esa educación también tiene que ayudarnos a entender que ser mapuche es un orgullo. Que sea cual sea nuestra profesión, nuestra identidad va adelante. Porque si uno olvida que es mapuche, también se olvida un poco de ser persona.

En Calle Kayakimün tratamos de que los niños y niñas estén lo más conectados posible con su entorno. Viven en un territorio privilegiado: con ríos navegables, con agua limpia, con peces que aún se pueden comer. En otros lugares eso ya no



VIVIMOS EN UN LUGAR ÚNICO, CON UNA CULTURA HERMOSA. SI LA SABEMOS ENTENDER, COMO NOS ENSEÑARON NUESTROS ANCESTROS, NO DEBERÍA FALTARNOS NADA PARA VIVIR.



existe. Nosotros aún podemos caminar, sacar un pez del río y comerlo. Vivimos en un lugar único, con una cultura hermosa. Si la sabemos entender, como nos enseñaron nuestros ancestros, no debería faltarnos nada para vivir.

CONCIENCIA Y ESPIRITUALIDAD

Para Fernanda, la defensa del medio ambiente y la espiritualidad mapuche están profundamente entrelazadas. Su convicción de proteger el territorio no nace de una moda o una consigna, sino de su identidad como mujer mapuche y del respeto por los espíritus que habitan cada rincón de la naturaleza. No ve el río, los árboles o las montañas como simples recursos: para ella, esos lugares tienen vida, tienen dueños, y merecen ser cuidados.

A lo largo de su camino ha tenido que enfrentar cuestionamientos. Algunos, desde espacios como la Ciencia Política o el mundo empresarial, la acusan de romantizar la naturaleza y su cultura. Le han sugerido que debe “ver más allá”. Pero ¿por qué más allá, si esta es mi manera de ver y habitar el mundo?. Cree firmemente que cada persona puede defender el territorio desde sus convicciones, y que, aunque en el camino se sumen nuevos aprendizajes, nunca se debe olvidar el origen, el motivo que impulsó esa lucha.

Para ella, todo está conectado. Si no se cuidan estos espacios, no solo desaparecerán, también dejarán de ser habitables para las futuras generaciones.

¿Dónde encuentras la fuerza cuando se te hace difícil el camino?

Mi hija Ashly, de 15 años es una de las personas que más energía me da en la vida. Gracias a ella empecé todo esto. Si no hubiera visto en ella esa necesidad de aprender, de querer alzar su voz, quizás nada de esto estaría ocurriendo. La veo y me renuevo.

También, en el río. Voy todos los días al río Panque en bicicleta. Muy poca gente va, algunos incluso botan basura, pero para mí ese lugar es sagrado. Me lavo la cara, lo observo. Y sentir su

presencia me recuerda que todo lo que hago vale. Veo las montañas y pienso: realmente vivimos en un paraíso.

CONECTARSE CON SU ENTORNO

Fernanda sueña con un futuro en el que las nuevas generaciones tengan más posibilidades de conectarse con su entorno, especialmente con la naturaleza. Imagina espacios de aprendizaje donde niños y niñas puedan crecer como seres humanos conscientes, en armonía con su territorio. Espera que los proyectos que hoy impulsa, junto a otras personas, sigan creciendo, siendo reconocidos y manteniendo su relevancia para las familias y la infancia.

Para ella, el Alto Biobío es un territorio ancestral, habitado por generaciones de personas mapuche pewenche que han vivido en equilibrio con la naturaleza, cuidando el bosque, los ríos, la tierra. Sin embargo, es también un territorio profundamente intervenido y usurpado. Aun así, expresa que hoy muchas personas están recuperando espacios y tierras, buscando dignificar vidas que han sido golpeadas por un mal llamado progreso. Cada acción de cuidado y recuperación es una expresión de amor profundo por la tierra. Una forma de decir con hechos que este lugar importa, que se quiere y se va a proteger.

¿Qué mensaje le dejarías a los niños y niñas?

Me gustaría decirles a los niños y niñas que viven en un lugar hermoso, un territorio privilegiado que merece ser cuidado y protegido con mucho amor. Que nunca dejen de aprender, de preguntar, de buscar herramientas que les permitan defenderse en la vida y también defender sus territorios, porque al final, defender la vida y defender la tierra es lo mismo.

A veces la vida es difícil, cuesta avanzar, pero cuando uno se lo propone con el corazón, siempre es posible lograr lo que sueña. Y lo están demostrando. Lo están haciendo muy bien, así que sigan adelante con esa fuerza y esa luz que los caracteriza. *M*

Javiera Matus de la Parra

Gestora Cultural

“

*La memoria es una fuerza viva
que permite pensar el presente
y proyectar el futuro”*

Javiera Matus de la Parra ha forjado una trayectoria de más de 20 años en la gestión cultural, desde sus inicios intuitivos en el teatro hasta su experiencia en la creación y administración de instituciones culturales en el Biobío.



Habla con firmeza, pero desde la ternura. Con claridad, pero sin dogmas. Javiera Matus de la Parra Torres ha hecho de la gestión cultural no una carrera, sino un compromiso. Desde sus inicios en el teatro ha recorrido un camino marcado por la vocación pública y el compromiso con la cultura, el patrimonio y el territorio, revelando una historia de esfuerzo, visión y sensibilidad territorial que ha dejado huellas en diversos espacios culturales del Biobío.

Javiera cree en procesos más que en los resultados, los que gestiona desde la pregunta y no desde la receta. Y que sigue, como ella misma dice, abriendo grietas para que entre la luz. Es una invitación a recorrer ese camino: uno que parte desde la intuición y el deseo de crear, y que se transforma en una carrera hecha de aprendizajes, desafíos y convicciones. A través de sus palabras, aflora una visión de la gestión cultural profundamente colaborativa, comunitaria y vinculada con los sentidos de pertenencia que nos definen como región y como país.

Yo nací en Concepción, soy penquista, pero por temas familiares he tenido la fortuna de vivir en las tres provincias. Para mí es muy importante haber tenido la posibilidad de conocer distintos ámbitos, tanto de la provincia de Arauco como de la provincia de Biobío, que tienen toda una riqueza cultural, patrimonial y de idiosincrasia, que es distinta a la que tenemos los penquistas. Eso me ha permitido tener una comprensión bastante más integral de lo que somos.

De la vocación artística a la gestión cultural

No habla de gestión cultural como quien administra recursos, sino como quien teje vínculos, construye futuro y cuida memorias. Su trayectoria es una historia profundamente entrelazada con los territorios en los que ha habitado, transformado y recorrido.

Desde sus inicios en Concepción, hasta los distintos proyectos en los que se ha enfrentado, su mirada combina sensibilidad artística, compromiso y una fuerte vocación transformadora.

Su modelo de gestión ha sido construido desde la práctica, con aprendizajes por ensayo y error, y una constante disposición a adaptarse a las comunidades, audiencias y demandas culturales de los territorios. Aunque ha adquirido formación técnica en gestión, mantiene una actitud flexible y crítica frente a los planes de gestión, ajustándolos según los contextos socioculturales.

Ha cursado estudios de posgrado en comunicación y cultura, diseño de proyectos culturales y un máster en gestión y administración de instituciones y empresas culturales. Estos estudios se realizaron luego de años de experiencia práctica, como una forma de respaldar y profundizar lo que ya venía haciendo en terreno.

“Mientras estudiaba Derecho en la universidad, participé en un taller de teatro como actividad extracurricular. Fue la primera vez que me vinculé con las artes escénicas, y ahí me di cuenta de que eso era lo que realmente quería hacer, fue una certeza muy potente. Fue una decisión difícil, porque ya llevaba varios años estudiando la carrera, que ofrecía cierta estabilidad, pero decidí dejarla y me fui a estudiar Teatro a Buenos Aires. Lo hice con el apoyo de mi familia, especialmente de mis tías, que fueron fundamentales en ese proceso.

Mis grandes referentes son las mujeres de mi familia, mi mamá y mis tías, mujeres profesionales, madres, trabajadoras, secas en todo lo que hacen. Es un matriarcado, somos las mujeres las que la llevamos. Mi madre tiene tres hermanas, entonces yo tengo cuatro mamás, mujeres artistas, inteligentes, solidarias y todo lo que soy y he logrado en la vida es gracias a ellas.

Uno pone su esfuerzo, pero el empuje, el sostén y la base que ellas me han dado en la vida es lo que me ha permitido seguir y no me concibo con referentes distintas a ellas. Tener a esas mujeres para mí es lo más valioso junto a mi hija. A mi padre lo adoro, pero no es lo mismo, él está ahí y por supuesto que también es un referente para mí, pero es distinto.

“Las personas que vienen del arte, y que luego se dedican a la gestión, suelen tener una vocación pública muy marcada. Saben lo que significa crear sin recursos, lo difícil que es sostener un proyecto cultural. Por eso, muchas veces terminan priorizando a otros por sobre sus propios caminos creativos”.

Yo soy un fiel reflejo de las cuatro, tengo de todas, de lo bueno y lo malo. Y también están mis primas, mujeres maravillosas, buenas, excelentes profesionales y súper comprometidas con lo que hacen. Por eso creo que no es algo mío, sino que en el fondo es el resultado de cómo me criaron estas mujeres.

¿Qué rol desempeñó su familia en su vocación cultural?

Mi dinámica familiar es muy colectiva, unida y tuvo un papel fundamental. Crecí rodeada de arte y cultura. Mi hermano Fernando es musicólogo y compositor y tengo una tía poeta y otra artista visual. Desde pequeñas, mis primas y yo participábamos activamente en actividades culturales. Mi mamá nos inscribía en clases de piano en el conservatorio, ballet, pintura. Era una manera muy natural de vivir el arte.

Mis tías fueron un gran soporte emocional y práctico. Me ayudaron en decisiones importantes, como el cambio de carrera. Me acompañaron incluso cuando estudié en el extranjero. A ellas les debo mucho de lo que soy. También heredé de mi papá el afán por estudiar: era un lector incansable. Todo ese entorno familiar me hizo entender que trabajar en cultura era algo profundamente natural y algo bastante coherente también con la forma en la que yo me desarrollé desde la infancia.

¿Cómo se inició tu vínculo con la gestión cultural?

Comenzó de manera muy intuitiva, a principios de los 2000 en Concepción. En ese entonces formaba parte de una compañía de teatro y necesitábamos espacios donde ensayar y presentarnos. En ese momento no tenía formación académica en gestión cultural, pero empecé a moverme, golpear puertas y buscar soluciones. Era algo que surgía de la necesidad, pero también de una profunda convicción, ya que había que hacer algo para que el arte se pudiera desarrollar. Así, sin darme cuenta, comencé a gestionar.

Más tarde, en Buenos Aires, ya estudiando Teatro, conocí el concepto de gestión cultural como campo profesional y me hizo mucho sentido. Entendí que había que generar condiciones para que otras personas pudieran desarrollar sus proyectos artísticos. Ahí nació mi vocación por esta área y entendí que no solo se trataba de conseguir espacios, sino que de crear condiciones reales para que otros pudieran desarrollarse en lo artístico. Fue revelador, ya que me di cuenta de que quería especializarme, que había una vocación muy clara en mí por facilitar, por construir desde lo colectivo.

¿Qué crees que aporta alguien que viene del mundo artístico a la gestión cultural?

Muchísimo. Las personas que vienen del arte, y que luego se dedican a la gestión, suelen tener una vocación pública muy marcada. Saben lo que



significa crear sin recursos, lo difícil que es sostener un proyecto cultural. Por eso, muchas veces terminan priorizando a otros por sobre sus propios caminos creativos. En mi caso fue así, sentí que podía aportar más generando espacios para otros que sobre el escenario. Y eso, con los años, se convirtió en mi manera de estar al servicio.

Gestión cultural: Primeros desafíos

Su experiencia profesional ha estado marcada por el desafío constante de construir sin mapas previos, como liderar uno de los procesos de institucionalidad cultural más importantes del Biobío, desarrollando infraestructura cultural desde sus cimientos.

Javiera considera que, sin duda, su trabajo en la Corporación Cultural Municipal de Los Ángeles marcó para ella un antes y un después. Estuvo casi diez años allá, y junto al equipo, trabajaron y construyeron una corporación cultural activa y reconocida. De la misma forma su trabajo en el Parque Museo Pedro del Río Zañartu, que fue una tremenda responsabilidad por la envergadura del

lugar y por todo lo que hay que proteger, tanto en términos de biodiversidad como de patrimonio histórico cultural. Es un espacio sumamente valioso, que tiene prácticamente todos los cuerpos de agua; humedales, río, mar, lagunas, bosques y especies que están en peligro de extinción, todo esto inserto en 552 hectáreas de parque.

¿Qué implicó liderar proyectos de infraestructura cultural tan significativos?

Fue un aprendizaje enorme, tuve que enfrentarme a planos, procesos arquitectónicos y museográficos que no conocía. Recuerdo que al comienzo no sabía ni cómo leer un plano, así que estudié, pregunté y me formé sobre la marcha, aprendí a dialogar con arquitectos, constructoras, y especialistas técnicos, pero lo más importante fue que todo eso se hizo con un equipo comprometido, y con muchas alianzas interinstitucionales, incluso con sectores no culturales. Nada de eso habría sido posible sin colaboración.

Hubo prejuicios, dudas, pero también encontré gente que confió, me enseñó y se sumó al proyecto. Y los resultados hablan por sí solos. Hoy miro

hacia atrás y siento mucho orgullo, no solo por la infraestructura, sino por haber generado espacios vivos e inclusivos para la comunidad.

Estas experiencias me enseñaron a confiar en la inteligencia colectiva, en las redes culturales, en la potencia de lo que se construye desde regiones y desde abajo. Aprendí que no hay una única forma de hacer gestión: hay que crearla colectivamente en cada territorio.

Una visión política de la gestión cultural

Para Javiera, hacer gestión cultural es ejercer un poder que puede ser emancipador o colonizador. Por eso defiende una práctica situada, ética y crítica, que respete las memorias y potencie las diversidades.

¿Cuál es tu visión sobre la ética en la gestión cultural?

Creo que la gestión cultural es un ejercicio de poder, y como tal, tiene que estar atravesado por una ética clara. Cuando gestionamos cultura o patrimonio, decidimos qué se muestra, qué se valora, qué se financia. Eso implica una responsabilidad enorme.

He visto muchos proyectos que imponen visiones externas, que no consideran el territorio ni sus memorias. Esa forma de hacer cultura me parece violenta. Por eso siempre he intentado trabajar de manera situada, dialogante, escuchando al contexto, respetando los saberes locales. No me interesa llegar a “educar” o a imponer contenidos. Me interesa construir con otros.

También soy muy consciente del lugar desde donde hablo. Trabajo en instituciones, tengo acceso a ciertos recursos y plataformas. Eso exige una revisión constante de mis prácticas. No me puedo permitir replicar lógicas colonizadoras o extractivas. Hacer cultura es, para mí, activar memoria, generar pensamiento crítico, proyectar comunidad.

¿Cómo ha sido tu experiencia en el servicio público y qué relación ves entre cultura y política?

Mi experiencia en el servicio público ha estado marcada por la convicción de que desde ahí se

“No se puede hacer cultura sin escuchar el territorio. Es un sujeto con historia, lengua, con formas de habitar.

Hay que dialogar con él, no imponerle lógicas externas. Por eso defiendo una gestión situada, lenta, afectiva, que se construya con las comunidades. No sobre ellas.”

pueden generar cambios reales, aunque no siempre fáciles. He enfrentado muchas tensiones: entre lo creativo y lo normativo, entre el proceso y la urgencia, entre lo institucional y lo territorial. Pero también creo que el Estado es un lugar desde donde disputar sentidos, instalar agendas, construir políticas. Siempre he pensado que la gestión cultural es política, no en un sentido partidista, sino porque incide en lo común, en lo simbólico, en las formas de habitar.

Cada decisión que tomamos —a quién se financia, qué relatos se visibilizan, qué prácticas se sostienen— es una decisión política. Y por eso la gestión debe tener propósito, mirada, sentido. Aunque el sistema muchas veces no facilite ese camino, sigo creyendo que desde adentro se pueden hacer cosas importantes. Hay que insistir, abrir grietas, sostener procesos.

Las claves de una cultura viva

Más que exhibir objetos o montar eventos, Javiera defiende una gestión que escuche los relatos de los territorios y los active como fuerza de futuro. La memoria, dice, no es pasado: es potencia.

¿Qué rol juegan la memoria y el territorio en tu forma de trabajar la cultura?

Para mí, la memoria no es algo nostálgico o del pasado. Es una fuerza viva que permite pensar el presente y proyectar el futuro. En Chile hemos negado muchas memorias: la de la dictadura, la de los pueblos originarios, la de los movimientos sociales. Eso nos ha dejado con una ciudadanía desconectada, sin raíces.

Yo creo que recuperar, visibilizar y activar esas memorias es un acto profundamente político. No me interesa trabajar con la memoria como algo museográfico o decorativo. Me interesa como herramienta de transformación.

Y el territorio para mí no es solo un espacio físico. Es un sujeto con historia, con lengua, con formas de habitar. No se puede hacer cultura sin escuchar al territorio. Hay que dialogar con él, no imponerle lógicas externas. Por eso la gestión debe ser lenta, afectiva, que se construya con las comunidades. No sobre ellas.

¿Qué importancia le das al trabajo comunitario y educativo en la gestión cultural?

Para mí, el trabajo comunitario es esencial. Sin eso, cualquier proyecto cultural se vuelve superficial, se queda en la forma. Creo que el impacto real de la cultura ocurre en los procesos: en cómo se construyen los vínculos, en cómo se acompaña, en cómo se cuida.

He trabajado en muchos contextos donde no había recursos, pero sí había comunidad. Y eso es más importante que cualquier presupuesto. Trabajar con comunidades exige respeto, tiempo, escucha. No se trata de llegar con una idea prefabricada, sino de construir en conjunto, desde los saberes locales.

También creo que la educación atraviesa todos los espacios culturales. No se limita a las escue-

las. Siempre he sentido que mi rol como gestora es el de una mediadora: alguien que conecta, que escucha, que acompaña, que cuida. No me interesa figurar, me interesa que los procesos tengan sentido y que las personas se reconozcan en ellos.

Ser mujer en cultura

Ser mujer en espacios de poder institucional no ha sido fácil. Javiera ha aprendido a sostener su voz, a incomodar con convicción y a resistir desde la ética, sin perder de vista el para qué. Su forma de liderar no es jerárquica ni autoritaria, trabaja desde el cuidado, desde el proceso, desde la escucha. Y eso también es liderazgo. A veces más difícil de reconocer, pero profundamente transformador.

¿Qué ha significado para ti ser mujer en cargos de dirección cultural?

Ha sido desafiante. He tenido que defender mi voz en espacios donde todavía se espera que una se acomode, que no incomode demasiado. Desde joven he sido una mujer con convicciones, y eso incomoda. No me interesa adaptarme a lo que se espera; me interesa ser coherente con lo que creo. Eso ha tenido costos, claro. Pero también me ha permitido construir vínculos muy potentes con otras mujeres, con artistas, con comunidades. Creo que como mujeres estamos todo el tiempo navegando entre la necesidad de validación y la fidelidad a una misma. Y yo he optado por lo segundo.

Dentro de toda la vorágine del trabajo y los proyectos profesionales, viví la experiencia más hermosa de la vida, que es la maternidad. Es todo un desafío compatibilizar un trabajo de gestión bastante duro, con un ritmo y horarios muy exigentes. En cultura trabajamos cuando todo el mundo trabaja y seguimos trabajando cuando todo el mundo descansa. De pronto no se ve, muchas personas a lo mejor no lo saben, pero tenemos que hacer trabajo administrativo, reuniones de equipo, todo lo que corresponde a cualquier institución. Y además terminando una jornada laboral, que puede ser normal para cualquier persona, vienen las actividades y un montón de otras

“Creo que como mujeres estamos todo el tiempo navegando entre la necesidad de validación y la fidelidad a una misma. Y yo he optado por lo segundo”.

tareas, que en el caso de las mujeres que somos madres de hijos pequeños es difícil de compatibilizar. Es posible, pero con un alto costo personal. “El camino que he seguido es ir incorporando, en forma adecuada, por supuesto, a mi hija en gran parte de mis labores. A veces, me puede tocar trabajar de las 9 de la mañana hasta las 11 de la noche y si no me va a ver al trabajo o no la llevo a la función, no la veo en todo el día. Entonces, para las mujeres es complicado”.

¿Qué lugar ocupa la creatividad en tu forma de gestionar?

La creatividad para mí es fundamental. Y no hablo solo de creatividad artística, sino también de creatividad en cómo gestionamos: cómo armamos equipos, cómo enfrentamos problemas, cómo pensamos políticas.

Muchas veces se nos pide replicar modelos que vienen de otros contextos, pero yo creo que eso no sirve. Cada territorio tiene sus propias preguntas, y esas preguntas necesitan respuestas situadas. Por eso siempre he intentado diseñar los proyectos desde el lugar donde estoy, con las personas con las que trabajo, en diálogo con lo que emerge ahí.

No creo en las fórmulas. Me interesan los procesos vivos, la escucha, la posibilidad de imaginar algo nuevo. Esa es la verdadera creatividad en

la gestión: inventar colectivamente, sin miedo a equivocarse.

Mirar el futuro

Con más de dos décadas de trayectoria, Javiera sigue apostando por una gestión cultural transformadora, que no tema incomodar, y que mantenga la ética y el afecto como guías.

¿Qué desafíos ves hoy en la gestión cultural y qué te moviliza hacia el futuro?

Uno de los desafíos más grandes es no ceder al cansancio, no dejarse arrastrar por la lógica de la urgencia o de la producción vacía. Hoy, más que nunca, necesitamos una gestión cultural que tenga sentido, que escuche, que cuide, que incomode si es necesario.

Me moviliza seguir construyendo proyectos con otros y otras. Seguir creyendo que la cultura puede transformar territorios, subjetividades, formas de estar en el mundo. Me interesa especialmente cómo pensar instituciones culturales que no reproduzcan violencias, que sean lugares habitables, humanos. *M*

Milena Gallegos

Gestora Cultural



Su influencia se refleja en los relatos que ha rescatado en las memorias que ha dignificado y en los territorios que ha puesto en valor a través de la gestión cultural"

Entre juegos de infancia, relatos campesinos y luchas silenciosas, se forjó el carácter de Ana Delina Gallegos Cuevas, conocida por todos como Milena. En Mulchén, su tierra natal, la memoria no es un concepto abstracto: es una fuerza viva, tejida en cada historia que ella rescata, narra y comparte.



Lo que me mueve no es otra cosa que el amor. Amor por mi gente, por mi historia, por este lugar que me vio crecer. Hacer memoria es un acto de amor y yo he elegido hacerlo toda la vida”.

Educadora de formación, gestora cultural por vocación y cronista de lo cotidiano, Milena Gallegos Cuevas ha dedicado su vida a fortalecer la memoria histórica y patrimonial de Mulchén. Su trayectoria está marcada por un profundo compromiso con la educación popular, la participación comunitaria y la reivindicación de las voces locales. Desde muy joven comprendió que las historias que no se cuentan, se pierden. Por eso, ha centrado su labor en rescatarlas y visibilizarlas como parte esencial de la identidad y la memoria colectiva.

Tres mujeres marcaron su camino. De su madre heredó la capacidad de trabajo y superación; de su abuela paterna, la conciencia política; y de su abuela materna, la pasión por la historia y el amor por las raíces. Esta herencia femenina dejó en ella una huella indeleble, impulsándola a convertirse en una incansable defensora de la cultura y el patrimonio de su comunidad.

Raíces y primeras influencias

Su madre y sus dos abuelas fueron figuras fundamentales que moldearon su forma de ver el mundo y encendieron en ella la vocación por la memoria, la justicia social y el trabajo comunitario. Cuenta que su madre, Blanca Eloísa, con muy poca educación formal “solo cursó hasta tercero de enseñanza básica”, fue una mujer resiliente que, tras separarse, logró salir adelante y criar a sus hijos con determinación. A pesar de las adversidades, tres de los cuatro hijos llegaron a la universidad, un logro que Milena atribuye al coraje y la perseverancia de su madre.

Esa infancia, vivida a contracorriente, se convirtió en la base de su identidad, la de una mujer fuerte, luchadora, capaz de adaptarse, resistir y transformar. “Crecí en un mundo que no estaba hecho para nosotras, pero en vez de achicarme, aprendí a navegarlo. Esa rebeldía y esa resistencia me enseñaron a abrir caminos”, afirma con convicción.

Mis abuelas fueron importantes en mi vida. De Elena Sepúlveda, mi abuela paterna, heredé el vínculo con la participación política. Ella fue candidata a regidora, ¡una mujer adelantada a su tiempo! Mientras que mi abuela materna, Blanca Verdugo, me impulsó a buscar mis raíces y se hizo cargo de nosotros cuando mi madre se fue a trabajar. A pesar de no saber leer ni escribir, tenía una gran sabiduría, de esas que no se enseñan en los libros.

Gracias a sus relatos sobre la vida en el campo, sus costumbres y luchas cotidianas, me transmitió una forma de ver y sentir el mundo que le marcó, hablaba con orgullo de su vida y de cómo se las arreglaba en tiempos difíciles. De esta manera, fui entendiendo de dónde vengo, de una estirpe de obreros y jornaleros de campo y hoy, siendo una mujer profesional, puedo decir con orgullo que esa raíz es la que me sostiene.

La infancia que le enseñó a ser fuerte

Creció junto a sus tres hermanos varones en un entorno que recuerda como desafiante y profundamente masculino. Su infancia estuvo marcada por la necesidad constante de hacerse un espacio, algo que hoy reconoce como “la base de mi identidad”.



Criada en un hogar atravesado por la precariedad Milena tuvo que aprender desde muy temprano a resistir y afirmarse. “Imagina lo que era ser niña en un mundo de hombres, incluso con mi madre formando parte de él”, comenta, dando cuenta de una experiencia que la forjó y que dejó una huella profunda en su forma de ser y estar en el mundo. Crecer con mis hermanos moldeó mi personalidad. “Había que pelear y hacerse notar. Entonces aprendí a jugar a las bolitas, al trompo, a todos esos juegos que eran ‘solo para niños’ y no solamente jugaba, sino que también ¡les ganaba!, y tenía que hacerlo. Tuve que aprender a sobrevivir y eso me marcó, porque me enseñó a ser fuerte, libre, a competir y defenderme. Gracias a eso me desenvuelvo y me enfrento a todo sin miedo”.

Milena recuerda que crecer en Mulchén, un pueblo que ha transitado de una economía agrícola a la expansión de la industria forestal y la migración, le entregó una visión de los procesos de transformación social y económica de su comunidad. Ese conocimiento, parte de su entorno cotidiano, se convertiría en una herramienta esencial

para su labor en el rescate del patrimonio local.

¿Cómo los cambios de Mulchén influyeron en su vínculo con la memoria y el patrimonio?

Mulchén era un pueblo tranquilo, con pocas personas y autos, donde se caminaba a todos lados y a cualquier hora. En la noche, lo típico era ir a escuchar música a la plaza. El río funcionaba como un eje urbano y la vida giraba en torno al trabajo de la tierra, ya que era un pueblo agrícola, parte del llamado “granero de Chile”. La llegada del tren marca un antes y un después, porque traía de todo, desde comida, pasando por cartas y encomiendas, entre otras cosas, así como también trajo cambios en la vida cultural, política y económica. Luego, con las forestales, comienza la migración hacia las grandes ciudades y la venta de los campos. Las personas que vendieron pensaron que la plata les iba a durar... y no fue así, perdieron su plata y luego se encontraron con que ya no tenían nada.

Recuerda que durante su infancia nunca viajaron en época de vacaciones y esa experiencia la hizo

consciente de las desigualdades económicas desde muy temprano. En mi familia no teníamos recursos para viajar, por lo que nunca crecimos con la idea de salir de vacaciones.

¿Qué despierta en ti esos recuerdos?

Al volver a clases en marzo, era común que preguntaran dónde habíamos ido en el verano. Muchos de mis compañeros sí podían contar, sin embargo, muchos otros, donde me incluyo, no teníamos nada que decir. Es terrible que se hagan esas preguntas, sin detenerse a pensar en la realidad de las otras personas.

Sin embargo, a pesar de no tener mucho, cada domingo mi mamá nos sacaba a pasear. Así conocí, por ejemplo, las Piedras de Dicao desde muy pequeña. Caminábamos por horas, con un par de panes y comiendo moras en el camino. Esos paseos despertaron en mí una profunda curiosidad por mi entorno y fueron sembrando el compromiso de desarrollar proyectos para rescatar lo que tenemos y de construir comunidad.

¿Alguna anécdota de su juventud?

Mi primer viaje fuera de Mulchén. Eso fue cuando se conmemoraban los 50 años del Partido Comunista y mis hermanos decidieron llevarme a Santiago para participar en ese acto político. Imagínate lo que fue para una niña del sur, que nunca había salido de Mulchén, llegar por primera vez a esa inmensa ciudad. Me sobrepasó por completo. El acto se hizo en el Estadio Nacional, que me impresionó por su gran tamaño, pero lo que realmente me impactó fue ver a esa multitud de jóvenes que creían en un mundo mejor, cuando todavía se creía en las utopías. Creo que fue una experiencia transformadora.

La educación como elemento de transformación

Trasladarse desde Mulchén a Talca, en 1978, representó para Milena un gran desafío, ya que no solo significó cambiarse de ciudad, sino que fue un salto a lo desconocido, atravesado por la incertidumbre económica y dejar atrás su mundo conocido. Sin embargo, fue también un acto de coraje, sostenido por el amor y el esfuerzo de su

madre.

¿Cómo vivió el paso de ir a vivir a Talca para estudiar?

Estaba muy asustada, para mí era todo un mundo nuevo. Llegar a la universidad me generaba mucha incertidumbre, no solo por lo que significaba en términos académicos, sino que también por el económico. Recuerdo claramente el miedo que sentí al pensar en cómo íbamos a pagar la matrícula. Nuevamente, mi madre fue fundamental, ya que como pudo juntó el dinero y viajamos juntas. Pasamos primero a Curicó, donde vivía una tía muy especial para mí, quien nos recibió y desde ahí nos fuimos a Talca, donde finalmente me matriculé en la universidad.

Después, mi mamá volvió a Mulchén y ahí me quedé sola, en ese momento sentí una mezcla de tristeza y abandono, fue uno de los golpes más duros que tuve en mi vida. Poco a poco, empecé a conocer a mis compañeros y compañeras, con quienes construí mi vida universitaria. Así me fui “enrieland”, como decimos por acá, y creando un camino que hasta hoy valoro profundamente.

Estudió Pedagogía en Historia y Geografía en plena dictadura, lo que fue una experiencia dura y distinta a lo que esperaba. En esa época, recuerda, “las universidades parecían más liceos que espacios de libre pensamiento”.

¿Cómo fue su experiencia estudiando en plena dictadura?

Fue un momento muy complejo. Muchos de los docentes, que habían formado a generaciones de profesores y profesoras, estaban presos, relegados o desaparecidos, y quienes llegaron a reemplazarlos en su mayoría eran profesionales que no tenían vocación ni preparación. Eso cambió con la llegada de Salvador Dides, académico que nunca voy a olvidar y que me devolvió el sentido profundo de lo que significa enseñar y aprender. Era de esos profesores que despiertan admiración genuina de sus estudiantes, porque despiertan algo profundo en ellos. Con él podías conversar, discutir ideas, lo que nos marcó profundamente.

“Cuando uno tiene convicción busca caminos. No me interesa hacer cultura para unos pocos; me importa que la cultura sea una herramienta para encontrarnos”

¿Cómo recuerdas tu primer acercamiento al mundo laboral?

Todavía no terminaba la carrera cuando empecé a trabajar en Constitución, en lo que hoy es el Colegio Constitución. Fue ahí donde aprendí lo que significa ser profesora. Lo que no me enseñaron en la universidad, lo aprendí ahí, en la práctica, en el contacto diario con estudiantes, con colegas y la comunidad. Ese primer acercamiento al mundo laboral fue, sin duda, uno de los momentos más importantes de mi vida. En ese colegio tuve como director a un hombre excepcional, un doctor en Educación, tremendamente generoso y comprometido con la formación docente, lo que fue una verdadera escuela para mí. Cada semana teníamos sesiones de trabajo donde nos enseñaba, compartía su visión, su experiencia y nos guiaba.

Después la vida me llevó a Temuco, al Colegio Centenario, primero como asesora y luego como rectora. Ahí tuve la oportunidad de armar el proyecto pedagógico desde cero y apliqué todo lo que había aprendido en el trabajo. Me dediqué a formar profesores y a guiarlos. Todo eso que muchas veces la universidad no alcanza a entregar, lo aprendí en el hacer, en el vínculo con los equipos y con la comunidad educativa.

La gestión cultural desde la raíz

En Milena, la vocación por la gestión cultural no fue un camino planificado, sino más bien una consecuencia natural de sus propias búsquedas, vivencias y del entorno que la rodeó. Su trabajo por la memoria y la identidad surge desde la experiencia personal, desde el amor por su tierra y por las historias que no suelen contarse, por lo que cree firmemente que la gestión cultural es un proceso comprometido e intencionado que busca rescatar, preservar y difundir la identidad local y la memoria colectiva, con un enfoque pedagógico y comunitario.

El alma de su trabajo siempre ha estado en las personas, especialmente en las mujeres y en las nuevas generaciones. “Creo profundamente que una comunidad que conoce su historia es una comunidad más libre. Por eso me importa tanto que los jóvenes se conecten con su territorio, que vienen de una historia que vale la pena contar”.

¿Cómo fueron sus inicios en la gestión cultural?

Fue un proceso lento, pero significativo, que comenzó con la necesidad de entender mi historia familiar. Al regresar a Mulchén, me dediqué a investigar la historia local, hablaba con personas que eran parte de la comunidad, consultaba distintos documentos y poco a poco fui construyendo una red de memoria viva.

Como siempre he sentido un profundo compromiso con la educación, pronto nació uno de mis proyectos más querido, el Centro de Educación Integrada de Adultos (CEIA) Antumapu, y luego, el Centro Cultural Antumapu, que, pese a las dificultades económicas y a la escasa ayuda inicial, mantuvimos por 20 años.

Con ambas iniciativas entregamos oportunidades educativas, artísticas y culturales, involucrando a todas las personas de la comunidad. Realizamos distintas actividades como rescates fotográficos, encuentros con escritores, científicos y artistas, ferias de libro, entre muchas otras cosas.

¿Qué importancia tuvo la colaboración de la comunidad en Antumapu?

Fue muy significativa la participación de la comunidad, porque, aunque no contábamos con recursos, desarrollamos un trabajo de manera colectiva con estudiantes, colegas, mujeres, escritores, artistas, gestores culturales, vecinos y amigas. Antumapu fue, sin duda, uno de los momentos más intensos de mi vida. Nunca fui tan feliz como en aquellos años.

Nuevas posibilidades

A lo largo de los años, Milena ha impulsado iniciativas de gran impacto cultural. Todo, con un sello propio que combina rigor, sensibilidad y participación comunitaria. “Hemos enfrentado muchísimas dificultades, especialmente económicas y políticas. Sin embargo, cuando uno tiene convicción, busca caminos. No me interesa hacer cultura para unos pocos; me importa que la cultura sea una herramienta para encontrarnos”.

Su ingreso a la Municipalidad de Mulchén marcó un punto de inflexión. Desde ahí pudo ampliar su labor, consolidar proyectos y profundizar su compromiso con la identidad local y el fortalecimiento del tejido comunitario.

¿Qué cambió cuando llegaste a trabajar a la Municipalidad de Mulchén?

Fue una etapa importante, porque por primera vez tuve acceso a recursos y respaldo institucional. Esto permitió desarrollar iniciativas de enorme impacto como publicaciones de libros, creación de espacios museales, registros audiovisuales, talleres, encuentros, intervenciones en espacios públicos, entre otros.

En ese tiempo, creamos el Museo Histórico Educativo de Mulchén, un espacio pensado para estudiantes, donde enseñaba historia local de manera cercana. También, llegamos a zonas rurales mediante talleres y actividades. Soy una convencida de que el trabajo cultural no se mide por la cantidad de público, sino por la contribución que entrega a las personas.

Preservar la memoria para todos

El trabajo de Milena ha dejado huellas profundas

en quienes han compartido con ella, en los distintos espacios donde ha desarrollado su labor. Su influencia se refleja en los relatos que ha rescatado, en las memorias que ha dignificado y en los territorios que ha puesto en valor a través de la gestión cultural.

Uno de los hitos más significativos de su trayectoria fue haber recibido, en 2022, el Premio Regional de Arte y Cultura del Biobío, en la categoría Cultura Tradicional Gabriela Pizarro. Se trata de un reconocimiento que honra no solo su dedicación, sino también su compromiso con la memoria viva de las comunidades.


¿Qué significó para ti haber recibido este Premio?

Fue algo inesperado, realmente no me lo esperaba. No me sentía merecedora de ese reconocimiento y esto no es una pose ni falsa modestia, porque sinceramente pensaba que no había hecho algo tan grande como para recibirlo. Para la ceremonia me pidieron que hiciera el discurso, y fue muy emocionante ver que les gustó mucho. Sentí que había logrado conectar con la gente, y ese momento lo guardo con mucho cariño. Fue hermoso, un verdadero privilegio. Es emocionante porque nunca he trabajado pensando en premios, lo viví con mucha humildad. Al mismo tiempo, fue una alegría y un reconocimiento a todo ese trabajo silencioso y colectivo que hemos realizado.

Milena sabe que su labor no se agota en los proyectos concretos. Su legado está en haber “sembrado algo” en quienes han sido parte de las distintas iniciativas impulsadas y contribuir a que la comunidad vea su historia con otros ojos, a que mujeres y jóvenes se reconozcan protagonistas de su propio relato.

¿Qué es lo que te mueve a seguir trabajando en gestión cultural?

Lo que me mueve no es otra cosa que el amor. Amor por mi gente, por mi historia, por este lugar que me vio crecer. Hacer memoria es un acto de amor y yo he elegido hacerlo toda la vida. Mi mirada está puesta en el futuro, en seguir rescatan-



do y compartiendo historias de mi comunidad, asegurando que las voces de la gente común no se pierdan. El legado que quiero dejar a las nuevas generaciones es que tengan acceso a su propio patrimonio. Mientras tenga fuerza, seguiré trabajando, ya que aún hay muchas historias que contar, silencios que romper y muchas memorias que reconstruir.

¿Qué sueños tienes hoy Milena?

Sueño con seguir publicando libros, grabando historias y, me gustaría, crear un canal Youtube donde pueda conversar, enseñar historia y aprender de la gente. Quisiera reactivar Antumapu y fortalecer el compromiso comunitario. *M*





Mujeres

DEL BIOBÍO



**CHILE LO
HACEMOS
TODOS**

